

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

PREPARAR LAS CONDICIONES

LA LECCION PORTUGUESA

El profesor Trias Fargas es una personalidad bien conocida. En numerosas ocasiones nos hemos hecho eco de sus obras, de sus iniciativas, de sus criterios sobre problemas de nuestro existir colectivo. Hoy comienza en este diario una colaboración en la que el lector reconocerá sin duda el saber y la claridad característicos del autor de «Introducción a la economía de Cataluña».

POCOS son en España los que a estas horas no están aprovechando el lente portugués para escudriñar nuestro propio futuro. Este futuro que insiste en permanecer enigmático a pesar de todas las cláusulas de seguridad con que queremos garantizarlo. En la olla de la presión social la tapadera salta por donde menos se piensa, según ha demostrado la historia política de los últimos veinte años.

Habitados a ir de sorpresa en sorpresa, la única que tal vez no esperábamos es que en un país políticamente anonadado como Portugal el fermento revolucionario lo aportara el mismo Ejército. Sobre todo, nos ha sorprendido el aspecto totalmente inédito de la intervención de las fuerzas armadas portuguesas.

En efecto, el Ejército nos tiene acostumbrados a sustituir con su autoridad a la anarquía izquierdista y democrática. Con esta fórmula tomó el poder en Portugal en 1926 y en España en 1939.

El Ejército, desde Nasser, no nos sorprende si sustituye con su autoridad a la corrupción y decadencia del viejo régimen. Se habla de la autoridad de los generales, la de los coroneles y ahora de los capitanes, como autoridades al servicio de ideas respectivamente más y menos reaccionarias e incluso de signo socializante. Pero no nos engañemos, siempre y en cada caso se trata de imponer la autoridad del Ejército sobre el país. Una institución, el Ejército, una clase social, los militares, asumen el mando. Con qué objeto y para qué lo hacen tiene para mí muy poca importancia. Lo esencial es que el poder así ejercido lo es desde arriba, con carácter minoritario e in-

tensidad totalitaria. La libertad queda relegada muy lejos, al fondo del escenario.

Portugal inicia un experimento nuevo y opuesto a todo lo anterior. El Ejército se alza, si no contra el orden público si, por lo menos, sin que haga falta su restablecimiento, puesto que el orden reinaba. Pero, además, se alza, no para ejercer una autoridad de izquierdas, sino para neutralizar el statu quo en aras de una democratización del país con entrega del poder al pueblo. El Ejército cede a la nación un poder excesivo que ya tenía. La autoridad es sacrificada en el altar de la libertad. Y esto me parece a mí una conducta a la vez ejemplar y desusada. Se anuncia que habrá pronto elecciones en Portugal y que aún antes se constituirá un gobierno civil. Nos dicen los militares de la Junta de Salvación Nacional, sean estos capitanes o generales, que poco importa, que el poder caerá en manos de quien corresponda por la vía democrática, y ya el primero de mayo se permitieron manifestaciones masivas del pueblo portugués con activa participación de sindicatos de todos los pelajes y de los partidos políticos. La jornada transcurrió ordenadamente dentro del natural entusiasmo. El Ejército no pretende salvar las esencias de la patria, ni la religión de nuestros padres, ni tampoco restablecer la justicia social, ni instaurar la patria socialista. El Ejército portugués pretende nada más y nada menos que conseguir que el pueblo soberano asuma sus propias responsabilidades. Es el camino de la libertad. El más peligroso de todos. El único digno de ser recorrido.

Una vez nos hemos congratulado de que sea posible que los acontecimientos tomen el curso que están tomando en el país hermano, una cosa llama la atención. En la calle no aparecen más que fuerzas sindicales y el partido comunista, con el socialista a la zaga. Todo ello adornado con grupúsculos más o menos extremistas. De los hombres moderados casi no se oye hablar. ¿Que todos los portugueses son marxistas o son extremistas? No lo creo. Más bien creo que los extremistas son minoría. ¿Pasarán entonces de una dic-

tadura de derechas a una de izquierdas, sin haber gozado apenas de la libertad? Espero que no y estoy seguro que esto no es lo que quiere la mayoría. Lo que ocurre es que el ejercicio de la libertad no es fácil. Para ser libres, en primer término, hay que frustrar de instituciones que permitan la libertad. Pero además hay que estar dispuestos a ejercer la libertad. Para ello hay que escoger entre opciones sobre cuya bondad es preciso explicar y argumentar mucho, si se quieren alcanzar soluciones políticamente viables.

Esta misión orientadora la desarrollan en todo el mundo libre los partidos políticos, asistidos de la libertad de información y comunicación. Si los partidos no existen porque no están autorizados, sólo los que se mueven, por abnegación o por lo que se quiera, en la clandestinidad, podrán montar un mínimo aparato político. Es el caso del partido comunista y, sobre todo, de los grupos terroristas. O también de los que se infiltran en determinados organismos vigentes en la situación anterior y que podrán ser traducidos a la nueva situación sin mayor esfuerzo. Es lo que ha ocurrido con los sindicatos salazaristas. Existen estructurados y organizados en régimen totalitario. Cambia el régimen y los sindicatos siguen funcionando sin más que echar por la borda a los anteriores dirigentes. Pero los sindicatos representan los intereses de los trabajadores sindicados y aunque pueden colaborar con el centro, éste no forma su clientela. Pero en medio están los hombres moderados sin organización ni, por tanto, fuerza política eficaz. La clase media, el centro, la mayoría silenciosa, se ve avasallada por sus flancos. La libertad, casi diría «su» libertad, los pone a la defensiva, cuando les debiera dar mando para imponer la libertad en el orden. Por clase no les corresponde estar sindicados, y por vocación no se mueven en la clandestinidad. Seguramente, el centro no aparece espectacularmente perseguido por el sistema, ni su frente se adorna con las espigas del martirio. Sin embargo, el centro prospera en la democracia y ésta no es viable sin

un centro poderoso. La clase media, el centro, llámese como se quiera, son los moderados, los evolucionistas, los que miran con ilusión hacia el futuro, pero no reniegan del pasado. Capaces de tener ideas y de mantenerlas con entereza, saben, por ello mismo, respetar las convicciones de los demás. El sectarismo es su peor enemigo y la libertad su elemento natural.

Pues bien, cuando ésta llega por fin, se ven imposibilitados de disfrutarla y protegerla porque debido a la ceguera del totalitarismo no han podido organizarse para ello. Cuando irrumpe la democracia se encuentran indefensos ante los demás grupos. Sin embargo, son mayoría y si están silenciosos no es por falta de ideas ni de voz, sino por falta de portavoces. Si el salazarismo, o mejor el postsalazarismo, no se hubiese obstinado en el inmovilismo y en el terror a la democracia, proscribiendo los partidos o las asociaciones y demás fórmulas de organización política en régimen de libertad, la mayoría moderada tendría una eficacia política mucho mayor y por ello mismo el nuevo régimen portugués ofrecería unas mayores posibilidades de estabilidad y progreso evolutivo. Dado que el acceso a la libertad se produce siempre al fin, incluso por los vericuetos más insospechados —la historia lo acaba de demostrar— creo que lo eficaz es preparar las condiciones para que no vuelva a perderse en el caos y la anarquía.

Para ello los moderados deben poder organizarse previamente. Sólo así llegarán al mando. No se entiende por qué las fuerzas políticas interesadas en Portugal en mantener una situación insostenible se empeñaron en frenar a los evolucionistas en beneficio de los revolucionarios. Ni tampoco se entiende cómo los moderados consintieron que los ultras les cerraran el paso cuando éstos no acertaron a cortárselo a los extremistas.

Ramón TRIAS FARGAS

PEDAGOGIA PARA ADULTOS

MEDIDAS DE LA ELEGANCIA

HABRÍA mucho que hablar acerca del asunto. Bien mirado, entre los catones de nuestra época, predomina la idea de que la «elegancia» está en crisis: incluso en plena agonía. Según ellos, la sociedad en que vivimos es zafia, abrumadoramente grosera, como sólo podía serlo por su intrínseca condición de «sociedad de masas». Y, ya se sabe, la «elegancia» fue siempre escrupuloso y orgullo de élites. El número decide: la llamada «vulgaridad», en consecuencia, se impone. Para certificar su aserto, los doctrinarios regañones citan tantos «datos» como convengan al caso, y, en general, saben llevar el agua a su molino. Uno de los ejemplos más sobados es el de la jubilación de la «etiqueta». Ciertamente, en algunos círculos restringidos, todavía se mantienen en vigor las fórmulas protocolarias del trato social, que la tradición —una tradición no demasiado antigua, por lo demás— fijara. Pero la práctica real y extendida se inclina por abandonar los viejos «modos»: los «buenos modos». Y ello ocurre en las clases elevadas y, probablemente de rechazo, en la mesocracia. La apariencia es que todo el mundo se permite una dosis mayor o menor de «inconveniencia» en pensamientos, palabras y obras. Los ritos de antaño quedan abolidos, en buena medida. Basta escuchar la conversación de unas jovencitas cultas del momento: su repertorio de tacsos, su entero léxico cotidiano habrían sacado los colores a la cara, no digo ya de sus abuelitas, sino de los sargentos de caballería contemporáneos de dichas abuelitas, si vale el tópico ancestral...

Habría mucho que hablar sobre eso, repito. Quizá no vale la pena, desde luego. Sin embargo... La noción de «elegancia» apenas ha conseguido, hasta ahora, análisis discretos, y no es de prever que los logre en el futuro. Abandonada a los usos de la gente —y de la «gente bien»—, funcionó como un «soutendu» eminentemente vago. Las autoridades en la materia se agostaron en los cotilleos de salón y en las «notas de sociedad» de cualquier rincón de periódico. Con todo, el alcance semántico del vocablo rebasaba el área de los tejamanajes mundanos, y un crítico literario, pongo por caso, puesto a alabar el estilo de un escritor, no vacilaba invocar su «prosa elegante». Hubo «prosas elegantes», «muebles elegantes», «fachadas elegantes», «discursos elegantes», «trajes elegantes», «gestos elegantes», y así, y el adjetivo pretendía significar algo en cada ocasión, un algo, en definitiva, coherentemente remisible al concepto de «elegancia». Quizá la «prosa elegante» sólo era una prosa sin excesivo desaliño, de sintaxis cuidada y respetuosa con el lector. Quizá los «muebles elegantes» y los «trajes elegantes» no pasaban de ser muebles y trajes de moda. Y un «gesto elegante», a menudo, solía ser un gesto —una acción— afable, de preciosa dignidad, de honradez insólita. Cabría alargar la lista de hipótesis. La consulta a un diccionario solvente tampoco nos ayudaría a más precisiones. Los diccionarios suelen ser tremendamente evasivos cuando tropiezan con palabras como «elegancia» y derivados —y tantas otras—, cuyo empleo diario y maquinales escapa al resumen fácil.

¿Es, de veras, la «etiqueta» una modalidad de «elegancia»? ¿La «cortesía»? ¿Cortesía debe provenir de «corte»: del esquema «cortesano» de reverencias, ceremonias, cumplidos. ¿La «urbanidad»? Otra indicación selectiva: ésta. Lo que la «corte» suponía respecto de todos, la «urbe» lo representaba

frente a la rusticidad subalterna. Las muchedumbres agropecuarias eran, por principio, soeces y desabrochadas, sin disimulos para el reguero o la ira, mientras que los habitantes de la ciudad, con otros módulos de conducta, reclamaban el monopolio del refinamiento. Para añadir un detalle que perfila la relatividad del comportamiento, recordaré que en la mayoría de los idiomas románicos, durante un par de siglos, el adjetivo «civil» —sinónimo de «urbano»: de burgués— tuvo una eminente connotación depresiva, casi tanto como «rural», en oposición a cualquier referencia «aristocrática». La «urbanidad» tomó este nombre y se convirtió en ideología dinámica a partir de la victoria política de la burguesía: del patriciado de los burgos. De ahí que, en seguida, «urbanidad» y «buena educación» adquiriesen una equivalencia clara. Y la «buena educación» obtuvo un curioso paralelo en la «buena crianza». «Educar», desde entonces, ha sido «urbanizar», y cada día más. ¿Reprimir, oprimir, alienar? Sí: nadie lo pondrá en duda. Pero, también, unos cuantos aprendizajes básicos de convivencia, empezando por el dominio de los esfínteres. Personalmente, creo que la verdadera pedagogía empieza y acaba en eso: en lo de los esfínteres. Lo demás ya es intoxicación sectaria o cosas de artes y oficios. La «urbanidad» entraba en ese terreno.

¿Y qué decir de la «distinción»? El «elegante» es «distinguido». Por descontado. Y no la viceversa: lo «distinguido» no es necesariamente «elegante». Uno puede «distinguirse» de sus vecinos por cualquier particular cualidad, y no importa cuál sea la índole de la misma. Todos somos «distintos», en última instancia. Un venerable papelista medieval se permitió advertirlo con una frase estupefactivamente trivial. Cito de memoria: «Dios Nuestro Señor no ha creado dos hojas de árbol que sean exactamente iguales; tampoco dos caras de hombre.» En efecto: ni siquiera las de los mellizos. Cada cual es cada cual: «distinguido» por ser quien es. Pero la «distinción» es un término que pertenece a las conjeturas y los embrollos de una sociedad en marcha. «Distinguidos» son el santo, el bandido, el sabio, el rico, el leproso, el héroe, el tonto, el guapo, el jorobado: se salen de lo normal y corriente, por arriba o por abajo. No es esa la calificación o la clasificación históricamente asumida. La «distinción» se codifica por el lado de los de arriba. Las diversas «elegancias» censadas coinciden en ello. «Elegante» es, en definitiva, el «cortesano»: él inventa la «elegancia». Baltasar de Castiglione, o Petronio, o don Lluís Milà, o quien fuere: no importa. La «elegancia», así concebida o preconcebida, nos remite al lujo. No sólo al lujo, sin duda. El señor Ors, en un raptó de bucolismo accidental, sostuvo que «la elegancia no reside en el zapato, sino en el tobillo». Los tobillos estructuralmente elegantes, pasan casi inadvertidos si no calzan zapatos insignes...

Expongo estas perplejidades previas para volver al comienzo. ¿Qué ocurre hoy con la «elegancia»? ¿Son ciertos los recelos de las denuncias alarmistas?... Uno sale a la calle —sin salir de su pueblo, además—, y ve como visten los chicos y las chicas, y las señoras discretamente maduras, y hasta alguna que otra anciana irrevocable, y los «cuadros», y uno se acerca a un quiosco donde expenden revistas ilustradas y consulta la mercancía, y uno mira la tele, y ese «uno» saca la conclusión de que, tal vez, nunca hubo tantas pretensiones de «elegancia»

como en estos días. ¿Únicamente a nivel indumentario? Los trapos, los dijes, los cachivaches de adorno doméstico, los papeles para aburrir las paredes del domicilio, los encendedores, las cocinas, los coches, las encuadernaciones de libros ridículos, la vajilla, todo, se presenta desde la perspectiva de una suntuosidad —auténtica o falsa— que nos sitúa ante la tentación de la «elegancia». Uno de los estímulos más sutiles del «consumismo» radica en eso. No en la eficacia, ni en el confort, ni en el hedonismo siempre plausible, sino en la persistencia de la «elegancia». En cuestiones de atuendo, de cosmética, y a veces de ilustración —¿has visto tal película?, ¿has leído tal novela?, ¿has oído tal disco?—, eso no deja de ser una treta de la especie para perpetuarse. La mítica Madre Naturaleza se vale de tales trucos —nosotros creemos que son «nuestros»— para preservar la continuidad del «género humano». Hay que reproducirse. Con cautela, pero hay que reproducirse.

La «elegancia», últimamente, se ha democratizado. Las revistas de moda, los catálogos de los grandes almacenes, los anuncios de las vallas, de las pantallas, de la prensa, sugieren opciones hasta hoy inauditas. La ambivalencia «moda»-«elegancia» corrobora la fascinación. Por principio, la «elegancia» es la «moda» o, retrospectivamente, lo que fue «moda». Existe, huelga decirlo, una notable distancia entre la «moda» de las altas esferas —las de la «alta costura», precisamente— y la «moda» industrializada y popular. Pero no es un abismo insalvable... Y en el prurito de «elegancia» hay que poner los rasgos discrepantes, literalmente expectorantes, de la presunta insolencia contestataria. Entre la fauna despechugada y provocativamente sucia o peluda de los chavales que deciden autoconsiderarse «marginados», no es difícil detectar perfectos ejemplares de lord Brummel «a su aire». Y lo mismo sus señoritas. Las prendas que gastan, los cintajos y los amuletos con que se adornan, la línea de las cabelleras, la fingida displicencia con que enseñan el ombligo o los pectorales, el dibujo de los glúteos con las telas ceñidas, son una elegante «anti-elegancia»: un reto implícitamente inspirado en la «elegancia». Entre los «modistas» conspicuos y la clientela de las tiendas subalternas, la transfusión es continua y fácil. El mecanismo no es nuevo. Pero a partir de un punto la «cantidad» se convierte en «calidad». Y tanta «elegancia» divulgada no deja de ser «elegancia». Aunque sea a expensas de la «urbanidad», de la «cortesía», de la «educación»... Que nunca será tanto. La propaganda a favor de los desodorantes y los detergentes continúa siendo «pedagogía». Para adultos.

Joan FUSTER